

COLABORACIÓN

SI TIENEN ALMA CONTEMPLATIVA, EXCELENCIA...

JAVIER PALOS PEÑARROYA

SACERDOTE. VICARIO DEL OPUS DEI EN ANDALUCÍA ORIENTAL

Hace unos días coincidí con un sacerdote joven que llevaba un año en un pueblo pequeño. Me contó que al principio se había desanimado un poco, pero que este año había llegado a una conclusión muy interesante. Su dificultad era que siempre que hablaba con la gente por algún motivo —unos novios que se iban a casar, los padres de unos niños que hacían la primera Comunión, etc.—, antes de entrar en materia, tenía que remontarse a temas previos y tenía la impresión de no llegar nunca a aclarar las cuestiones. Su descubrimiento era que necesitaba formar a cristianos corrientes, y que ellos difundieran la semilla del evangelio, para poder dedicarse él a cuestiones estrictamente sacerdotales.

Mientras me contaba esto recordé que yo conocí a S. Josemaría Escrivá, cuya fiesta celebramos el 26 de junio, en un encuentro internacional de jóvenes en Roma, el 25 de marzo de 1970. Yo estudiaba 5º de Bachillerato de entonces y recuerdo que nos hablaba de la importancia de los laicos en la misión de la Iglesia. A mí, por cuestiones de edad, me ocurría lo contrario que a este sacerdote: no acababa de atisbar el alcance de las palabras de san Josemaría, que luego, con los años, descubrí como proféticas: los laicos santifican-

do el mundo desde dentro.

Y es que san Josemaría fue un precursor en estas ideas. He leído en unas memorias del cardenal Julián Herranz que, cuando se estaba celebrando el Concilio Vaticano II, san Josemaría recibía en su casa romana, Villa Tevere, a bastantes eclesiásticos que estaban interviniendo en el concilio. En una ocasión, precisamente cuando se debatía la función de los laicos en el mundo, Escrivá estuvo conversando con varios obispos francófonos, entre ellos, monseñor Marty, arzobispo de Reims, que luego sería arzobispo de París. En la conversación, este dijo que «a los laicos corresponde cristianizar las estructuras temporales del mundo, así transformarán...». Y, recuerda Herranz, san Josemaría le interrumpió sonriente para puntualizar: «Si tienen alma contemplativa, Excelencia. Porque si no, no cristianizarán nada. Peor aún, serán ellos los que se dejarán transformar; y, en lugar de cristianizar el mundo, se mundanizarán los cristianos».

Me parece que esta idea, aunque venga formulada en negativo, es de vital importancia. Ya advirtió Jesús a sus discípulos que si la sal se vuela sosa... Los cristianos no pueden desentenderse de la tarea de divinizar el mundo desde su propia familia y situación social. Pero necesitan, lo mismo que los sacerdotes y

los religiosos, estar muy en sintonía con Dios, para poder ser «contemplativos en medio del mundo». Necesitan recurrir diariamente a la oración, a la Palabra, a los sacramentos.

Hay quienes, desanimados quizás, dicen que esto es imposible. Sin embargo, es un hecho que los primeros cristianos, siguiendo el mandato de su Maestro, colaboraron con el Espíritu Santo para transformar su época. Y, pasados los siglos, donde solo había unas decenas de seguidores en un mundo de dioses humanizados, llegó a haber una sociedad en la que Dios estaba presente.

Los últimos papas han hablado una y otra vez del proyecto de recristianización de nuestra sociedad neopagana. No es una tarea exclusiva de los laicos, ni mucho menos, pero siempre han subrayado, siguiendo el Concilio, que sin la santidad de los laicos tampoco es posible.

Tal vez para paliar los posibles desánimos, el Papa Francisco lleva seis meses dedicándose a hablar de la esperanza en las catequisis que da en las audiencias generales de los miércoles. Entresaco un comentario que viene a cuento, de tantos otros que pueden servirnos: «Cierto, si confiáramos solo en nuestras fuerzas, tendríamos razón de sentirnos desilusionados y derrotados, porque el mundo muchas veces se muestra contrario a las leyes del amor. Prefiere muchas veces, las leyes del egoísmo. Pero si sobrevive en nosotros la certeza de que Dios no nos abandona, de que Dios nos ama tiernamente y a este mundo, entonces en seguida cambia la perspectiva. Homo viator, spe erectus, decían los antiguos. A lo largo el camino, la promesa de Jesús 'Yo estoy con ustedes' nos hace estar de pie, erguidos, con esperanza, confiando que el Dios bueno está ya trabajando para realizar lo que humanamente parece imposible, porque el ancla está en la orilla del cielo».